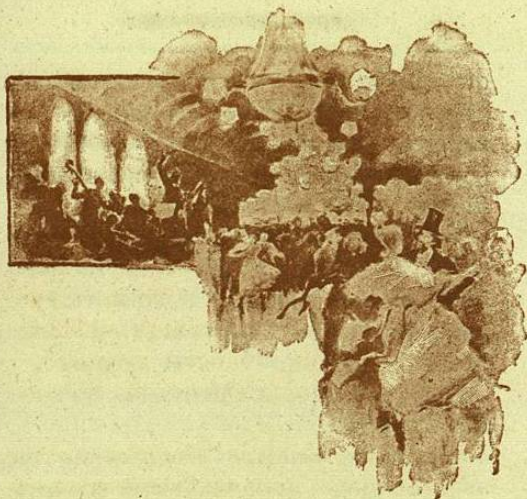


con algunos cuentos, y voló la prometida pensión.

Tal es el hombre doble—*homo duplex*— que me hacía el honor de querer asociar su literatura á la mía. Fantaseador como yo era á los veinte años, me habría podido entender tal vez con el bufón; pero, desgraciadamente, era el burgués Prudhomme, y sólo el burgués Prudhomme, quien pretendía colaborar conmigo, y después de algunas entrevistas, no volví por su casa.

Sin duda, Enrique Monnier no me echó de menos, y de mi primer sueño de gloria no me queda más que el recuerdo de aquel viejecillo cómico, en su casita limpia y pobre, fumando poquito á poco algunas pequeñas pipadas, y sentado en el sillón de cuero, donde lo encontraron muerto una mañana, hace cosa de quince años.



CÓMO ACABÓ UN BORRACHÍN

Y LA BOHEMIA DE MURGER

Tendría yo dieciocho años cuando conocí á un personaje bastante singular, que ahora, á distancia, se me aparece como la viviente encarnación de un mundo aparte, de lenguaje especial, de costumbres extrañas, mundo que hoy ha desaparecido y casi está olvidado; pero

que tuvo grande importancia durante algún tiempo en el París del Imperio. Me refiero á esa partida gitana, soldados irregulares del arte, sublevados de la filosofía y de las letras, fantaseadores de todas las fantasías, que acampaba frente al Louvre y al Instituto, y á la cual partida Enrique Murger, embelleciendo y poetizando un poco su recuerdo, ha celebrado con el nombre de «Bohemia.»

Designaremos al personaje con el nombre de Desroches. Le había yo conocido en un baile del barrio Latino, con unos amigos, cierta noche de verano. Volví muy tarde á casa—mi cuartito de la calle de Tournon—y dormía como un lirón al día siguiente por la mañana, cuando se presentó á los pies de mi cama un caballero, de frac negro, frac estrecho y deese negro raro que sólo solían procurarse los polizontes y los enterradores.

—Vengo de parte del Sr. Desroches.

—¿El Sr. Desroches? ¿Qué Sr. Desroches? dije yo frotándome los ojos, porque mis recuerdos aquella mañana se obstinaban en despertar mucho más tarde que mi persona.

—El Sr. Desroches, del *Figaro*; han pasado ustedes la noche juntos; está en la prevención y reclama á usted como fiador.

—El Sr. Desroches... ¡ah, sí!... perfectamente. Bueno, pues si me reclama como fiador... ¡qué lo suelten!

—Usted perdona, pero hay que pagar una peseta y cincuenta céntimos.

—¡Seis reales!... ¿Por qué?

—Es la costumbre.

Di los treinta *perros*. El del frac negro se marchó y yo me quedé sentado en la cama, medio dormido y sin darme bien cuenta de las aventuras extrañas á consecuencia de las cuales me encontraba yo obligado—nuevo hermano de la Merced—á rescatar, mediante una peseta y cincuenta céntimos, á un redactor del *Figaro*, no de las garras de los turcos, sino de las de la policía.

Mis reflexiones no duraron mucho. Cinco minutos después, Desroches, libertado de sus cadenas, se presentaba, sonriendo, en mi cuarto:

—Mil perdones, querido colega; de todo ello tienen la culpa *Las uvas mos-*

cateles... sí, *Las uvas moscateles*, mi primer artículo publicado ayer por el *Figaro*. ¡Malditas uvas moscateles! Ya comprenderá usted que al cobrar... como era el primer dinero que cobraba... se



me subió á la cabeza... Cuando nos separamos de usted correteamos todo el barrio... al fin... se turban mis recuerdos... pero tengo la sensación vaga de un puntapié recibido en cierta parte... Luego me encontré, sin saber cómo, en la prevención... ¡una noche deliciosa! Primero

me metieron en un sótano... un agujero negro que huele mal...; pero hice reír á los señores agentes... y tuvieron la bondad de llevarme con ellos al cuerpo de guardia... charlamos... jugamos á las



cartas... me hicieron que les leyera *Las uvas moscateles*... ¡qué éxito!... ¡Qué buen gusto tienen los guardias municipales!...

¡Juzgad de mi asombro y del efecto producido en mi cándida y provinciana juventud por la revelación de esas extravagantes costumbres literarias! Y el colega que de tal suerte me contaba sus aventuras, era un hombrecillo rechon-

cho, cepillado, afeitado, que demostraba modales muy corteses, y cuyos botines blancos y levita de corte burgués hacían el más perfecto contraste con los endiablados gestos y las muecas de su cara de borrachín. Me asombraba y me asustaba; y como evidentemente lo conocía él, se complacía en exagerar, en obsequio mío, el cinismo de sus paradojas.

—Me es usted simpático, me dijo al despedirse; vaya usted á verme el domingo que viene por la tarde... Vivo en un rinconcillo delicioso, cerca del castillo de las Nieblas, en los terreros, por la parte que mira á Saint-Ouen, ya sabrá usted, la viña de Gerardo de Nerval... Lo presentaré á usted á mi mujer, que vale la pena... Precisamente acabo de recibir un barril de vino bueno; bebéremos en tazas, como hacen los comerciantes ricos en Bercy, y dormiremos en la cueva... Además, un amigo mío, un dominico exclaustroado, irá á leerme un drama en cinco actos. Lo oirá usted; asunto magnífico; allí se viola á todo el mundo. Está convenido. La viña de Gerardo de Nerval; no olvide usted las señas.

Todo lo que me había prometido Desroches se verificó. Bebimos vino de lo lindo, y por la noche el supuesto dominico nos leyó el drama. Dominico ó no, era un bretón alto, buen mozo, soberbio, de anchos hombros, cortados para vestir el hábito, con algo de predicador en la redondez de la voz, en el ademán y en el gesto. Luego ha sabido hacerse un nombre en la literatura.

Su drama no me asombró. Pero hay que advertir que después de pasar una tarde en la viña de Gerardo de Nerval, en lo que Desroches llamaba su casa, no es fácil asombrarse por nada.

Antes de subir á los terreros quise yo volver á leer las páginas exquisitas que Gerard, el amante de *Silvia*, consagra en sus *Paseos y recuerdos* á la descripción de aquella pendiente septentrional de Montmartre, pedazo de campo encerrado en París, y por lo mismo más precioso y querido.

«Quédannos unos cuantos ribazos cerrados por espesos vallados verdes, decorados por los espinos, con sus florecillas color de violeta... Hay en ellos moli-

nos, ventorrillos y tabernas, elíseos campestres y callejuelas silenciosas... Hay hasta una viña, la última del célebre puro de Montmartre, que competía en tiempo de los romanos con el vino de Argenteuil y de Suresnes. Todos los años ese humilde ribazo pierde una fila de sus



cepas, que van á parar á lo hondo de una cantera. Hace diez años lo hubiera podido adquirir al precio de diez mil francos... y hubiera hecho en la viña un edificio muy ligero, un hotelito imitando los edificios de Pompeya, con

una cisterna y una *cella*...»

En el lugar de aquel ensueño griego de un poeta, era donde vivía mi amigo Desroches. Allí—¡oh espantosa antítesis!—á la luz de la luna, bajo un cenador cubierto de saúcos en flor, donde se oía el ruido producido por el vuelo de las abejas, me presentó á un monstruo andrógino en traje de carretero: blusa azul, calzones de pana, gorra con rayas

encarnadas echada á la oreja, y el látigo metido en la correa de la cintura.

—¡El Sr. Alfonso Daudet... La señora de Desroches!



Porque aquel monstruo era realmente su mujer, su legítima esposa, siempre vestida en aquel traje que le agradaba, y que en verdad sentaba á las mil maravillas á su cara y á su voz. Fumaba, escupía, juraba, tenía todos los vicios del

hombre, dirigía su casa á latigazos, empezando por su marido, que estaba completamente domado, y siguiendo por dos chicas flacuchas... ¡sus hijas! de aspecto extraño y hombruno, cuyos trece y quince años, maduros prematuramente, y ya en sazón, prometían que se parecerían á su señora madre cuando tuviesen los cuarenta que ésta contaba. Verdaderamente valía la pena de conocer aquella casa...

Desroches era, sin embargo, hijo de un rico comerciante de París, fabricante de joyas si no me equivoco. Su padre le había echado varias veces su maldición y le pasaba un reducido sueldo. No escasean en Francia ejemplos de esos locos de atar, especie de azotes de Dios que se presentan de pronto en las familias para turbar la tranquilidad del hogar y para hacer circular más que de prisa las monedas de oro ahorradas durante mucho tiempo; en una palabra, para castigar á la burguesía en su propio egoísmo.

He conocido más de un pato de esos, encubados por gallinas, que apenas ha

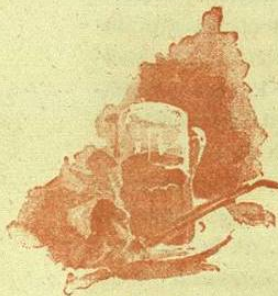
podido comer solo, se ha marchado á la laguna. La laguna, el pantano mejor dicho, en la literatura, son las letras, la profesión abierta á todo el mundo sin títulos ni diplomas.

Desroches, al salir del colegio, se había metido en el arte, en todas las artes. Había empezado por la pintura, y el paso por los estudios de aquel cínico muchacho, frío, regular, abrochado, que conservaba aún, en medio de las más desfrenadas francachelas y calaveradas, el sello indeleble, la marca de fábrica del burgués, fué desde entonces legendario. La pintura no quiso de él, y entonces Desroches la emprendió con la literatura. Acababa de escribir *Las uvas moscateles*—tal vez inspirado por su viña—¡cien líneas en artículo! En vano procuró después hacer otro; jamás volvió á estar en vena, y llegó á los cuarenta años, y sus obras completas se compusieron de *Las uvas moscateles*.

La conversación, las salidas de tono del amigo Desroches me divertían; pero su casa no me gustaba. No volveré nunca á Montmartre, pero sí pasaba el río

algunas noches para ir á verlo al café de la calle de los Mártires.

El cafetín de los Mártires, tan tranquilo ahora, en el cual juegan á las damas los tenderos de la calle, representaba entonces una potencia en literatura. El cafetín daba diplomas; se era célebre



por el cafetín, y en medio del gran silencio del Imperio, París volvía la cabeza al ruido que metían allí todas las noches ochenta ó cien muchachos, mientras fumaban sus pipas y bebían sus jarros de cerveza. Se les llamaba

bohemitos y no se enfadaban. El *Figaro*, el de entonces, periódico no político que se publicaba una vez por semana, era casi siempre el que les servía de tribuna.

Había que ver el cafetín—y decimos el cafetín á secas, como los romanos decían la ciudad cuando hablaban de Roma—había que ver el cafetín á eso de las once de la noche, ensordecido por la batahola

de todas aquellas voces y envuelto en el humo de todas aquellas pipas.

¡Murger peroraba en la mesa del centro! Murger, el Homero de aquel mundo descubierto por él, y el cual ha sido sonrosado y poetizado por la fantasía.



Condecorado y ya célebre, cuando publicaba sus novelas en la *Revista de Ambos Mundos*, no dejaba de asistir al cafetín para refrescarse, como él decía, y también para recibir los homenajes de aquellos buenos muchachos que él había descrito. Me lo enseñaron: una cabeza aplastada y triste, los ojos enrojecidos,